

TEXTO DEL LIBRO ARTISTA “SUEÑOS ROTOS”.

¿Dónde van los sueños rotos? Si es que acaso tienen lugar. O mejor, cabría preguntar si realmente se van. En ese caso, deberíamos lamentar, quizás y sólo quizás, si estas ideas, carecen de venidas. Es posible que los sueños vuelvan cuando dormimos. Mientras, permanecen en algún desván. Dentro de una suerte de cajas de cartón, desordenadas y polvorientas, como arrinconadas cenicientas, intermitentes en su esencia, puesto que aparecen y desaparecen en razón de la luz solar. Y es que sólo se vislumbran durante un efímero fragmento del día, aquel proveniente de luz vespertina, cuando el sol aparece alienado con las rendijas de una persiana a punto de cerrar. En este momento, aparece un haz de luz alrededor, una pequeña línea de diminutas partículas, danzando con el viento, en eterno movimiento, en dirección a los sueños, o a las cajas contenedoras de éstos. Si en algún momento, abriéramos una de estas cajas, podríamos encontrar un material parecido al cristal. Pequeños cristales rotos, transparentes fragmentaciones dotadas con luz propia, como estelar, en las que se puede vislumbrar la proyección de un fragmento vital. Una minúscula grabación, desde un ángulo cualquiera y una óptica dispar, de algún ente ensoñador, algún iluso idealista embelesado, en algo que se convirtió en pasado, repleto de detalles insostenibles que la efectiva realidad no ha alcanzado. Pasado un tiempo, estos cristales se convertirán en sinfonía, en una fina y breve melodía de la que sólo recordamos el final. Es ahí –y así– donde permanecen los sueños rotos. Tan reales como efímeros al principio de dilucidar, aunque se esfumen tan rápida y sutilmente al final. En cualquier caso, no son fáciles de encontrar.

Mía Campos.